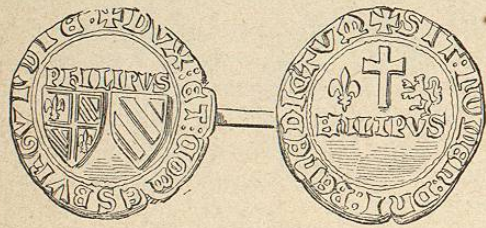


mayor pobreza, se lo quedan cuando llega á sus manos y dejan que sus gentes vivan sobre el país.

Carlos VII creía poder expulsar á los ingleses por medios diplomáticos, quimérica esperanza que fomentaban sus favoritos. Ningún rey de Francia había enviado tantas embajadas y jamás se habían vertido tantos raudales de elocuencia. Desde los primeros años de su reinado entabláronse dos series de negociaciones, una para buscar alianzas en el extranjero y otra para destruir el pacto que unía á Felipe *el Bueno* con el duque de Bedford.

El resultado, sin embargo, no correspondió á los esfuerzos empleados. En Alemania, el rey de los Romanos, Segismundo, dió á los embajadores de Carlos VII buenas palabras que únicamente aseguraron su neutralidad. En Italia, sólo el duque de Milán, Felipe María Visconti, tío de Carlos de Orleans, recorrió al rey de



Moneda de Felipe *el Bueno*, duque de Borgoña

Bourges: la tradicional alianza milanesa, confirmada en 1424 por el tratado de Abbiate-Grasso, proporcionó á Carlos VII uno de aquellos contingentes extranjeros que en tanto aprecio tenía el monarca. Pero aquel mismo año el rey de Escocia, Jacobo I, libertado por los ingleses después de veinte años de cautiverio, firmó una tregua con el duque de Bedford, no pudiendo desde entonces Carlos VII contar con nuevos refuerzos escoceses. Finalmente, los embajadores franceses solicitaron en vano el concurso de la flota castellana, pues los disturbios del reinado de Juan II hicieron durante mucho tiempo estéril su alianza.

Las negociaciones con el duque de Borgoña hicieron concebir por un momento ciertas esperanzas que no tardaron en desvanecerse.

Felipe *el Bueno* estaba convencido de que Carlos VII había premeditado el asesinato de su padre, y la idea fija de venganza que le dominaba y el favor concedido por el rey de Bourges á los asesinos de Juan *Sin Miedo* dificultaron en gran manera, en los comienzos del reinado, la tarea de los negociadores; pero cuando la reina Yolanda, de acuerdo con los príncipes bretones, le hizo nuevas proposiciones, Felipe mostróse más conciliador y en 28 de septiembre de 1424 otorgó á Carlos VII una tregua que de prórroga en prórroga debía durar cuatro años, y asistió en diciembre á las conferencias de Mácon en donde se decidió el matrimonio del conde de Clermont, príncipe del partido armagnac, con Inés de Borgoña. Algunos meses después, Richemont era nombrado condestable y los consejeros armagnacs recibían su cesantía; Alain Chartier escribió su *Lay de paix*, apremiante llamamiento al patriotismo de Felipe *el Bueno*, y una reconciliación con el duque de Borgoña parecía tanto menos inverosímil cuanto que entre él y los ingleses surgía una discusión imprevista motivada,

por el casamiento del duque de Glocéster con Jacobita de Baviera.

Era ésta hija única del matrimonio de Margarita de Borgoña, hermana de Juan *Sin Miedo*, con Guillermo de Baviera, conde de Hainaut, de Holanda y de Zelanda, y había entrado en posesión de estos condados en 1417. Su tío Juan *Sin Miedo*, que codiciaba esos hermosos dominios, había encontrado una combinación singular para impedir que Jacobita tuviera hijos, casándola en 1418 con el duque de Brabante, «hombre de pobre compleción,» y creyendo de esta suerte condenarla á la esterilidad; pero Jacobita, guapa, robusta, «muy alegre y de cuerpo vigoroso,» poco inclinada á las abstinencias que su tío soñaba, había dado oídos á los señores holandeses de su corte, los cuales la excitaban á defender su herencia contra la codicia borgoñona y á buscar un protector allende la Mancha, y en 1421 había huído á Inglaterra. Enrique V habíala acogido con grandes honores y á su joven hermano Humphrey, duque de Glocéster, habíale parecido muy bien así aquella hermosa doncella como las ricas provincias ofrecidas al que quisiera defender su causa. Al advenimiento de Enrique VI, Glocéster había reclamado la regencia, pero el Parlamento nombró á Bedford *protector del reino de Inglaterra y principal consejero del rey*, permitiendo á Glocéster usar este mismo título sólo cuando su hermano permaneciese en Francia. Humphrey, poco satisfecho por este lado, resolvió hacerse con un principado en los Países Bajos, para lo cual hizo anular por el antipapa Benedicto XIII el matrimonio de Jacobita y se casó con ésta en el mes de mayo de 1423. Al año siguiente, á fines de octubre, desembarcó en Calais con cinco mil hombres para conquistar el Hainaut, y Felipe *el Bueno* le declaró la guerra.

Glocéster, hombre amable é ilustrado, creíase un gran político, y su turbulencia perturbadora hizo gran daño á la dinastía fundada por su padre. Sin embargo, Bedford no estaba muy incomodado de ver que su hermano contrariaba los planes de engrandecimiento de la insaciable casa de Borgoña; Felipe *el Bueno* le inspiraba muy pocas simpatías, y era natural que así fuese porque un político prudente como él debía despreciar la audaz ligereza y la afición á la fácil gloria caballeresca de que el duque de Borgoña daba pruebas. Su mal humor apenas podía contenerse cuando Felipe *el Bueno* atentaba contra la virtud de las damas inglesas, y su orgullo indócil se ofuscaba sobre todo cuando veía la adhesión de los parisienses al hijo de Juan *Sin Miedo*. Tanta popularidad disgustaba al regente y le inquietaba respecto del porvenir. Aquel frívolo Felipe *el Bueno* que en Francia se encontraba tan á gusto y como en su propia casa, era para Bedford uno de esos aliados desagradables á quienes hay que tratar con ciertas consideraciones y cuya futura traición se presiente. Esto no obstante, el regente juzgó necesario calmar la cólera de su aliado y poner fin á la contienda por medio de proposiciones de arbitraje; pero Felipe *el Bueno* acogió mal estas indicaciones, porque se aproximaba «al adversario.» Varios capitanes al servicio de Carlos VII, como Saintrilles, marcharon á Hainaut para batirse bajo la bandera borgoñona.

La inconstancia de Glocéster impidió un rompimiento definitivo entre borgoñones é ingleses: enamorado

de una camarista de Jacobita, Leonor Cobham, regresó con ella á Inglaterra en el verano de 1425; y habiendo Martín V anulado su matrimonio con la heredera de Hainaut, casóse con su amante y ya no volvió más á molestar seriamente al duque de Borgoña. Jacobita continuó por sí sola la lucha en los Países Bajos (1).

El partido bretón persistió, sin embargo, en la esperanza de romper la alianza anglo-borgoñona. El conde de Clermont y el condestable dirigieron, á principios de 1427, á Felipe *el Bueno* algunas «exhortaciones» diciéndole que, si consentía en una reconciliación, le prometían que los negocios del reino se tratarían en lo sucesivo «según su consejo y su orden.» Quiso también hacerle creer que los ingleses querían desembarazarse de él asesinandole, y para corroborar esta afirmación le fueron enseñadas algunas cartas apócrifas escritas por Guillermo Benoit, antiguo intendente de Suffolk; pero habiendo sido éste detenido en Dordrecht é interrogado, confesó su falsificación delante de los funcionarios de Felipe *el Bueno* (junio de 1427), y aquella maniobra no hizo otra cosa que confirmar la resolución por este príncipe adoptada de no abandonar la alianza inglesa. En el momento en que comenzaba el sitio de Orleans, la diplomacia de Carlos VII había fracasado en todas partes; en cuanto á sus armas, no habían sido más afortunadas que aquélla.

IV.—Progresos de la invasión inglesa, 1422-1428 (2)

Uno de los principales capitanes de Carlos VII, Juan de Bueil, compuso en su vejez una novela histórica, *Le Jouvencel* (El Mozalbate), más llena de vida y á menudo más instructiva que las obras de los cronistas. En las primeras páginas nos describe algunas de las guerras locales y expediciones aventureras que llenaron los comienzos del reinado de Carlos VII. Los compañeros del Mozalbate son aquellos nobles de escasos bienes y gran valor, rapaces y poco familiarizados con las delicadezas de la moral que acampaban en la frontera del reino de Bourges y oponían su pecho á los invasores; defendían al rey sin obedecerle, por amor á la guerra, y no ocultaban su desprecio por los parásitos que mono-

(1) Firmó la paz con Felipe *el Bueno* en 1425 y más adelante le cedió todos sus Estados.

(2) FUENTES.—Además de las crónicas citadas en los párrafos 2 y 3: Juan de Wavrin, *Chroniques*, edición Guillermo Hardy, tomo III, 1879; *Chronique* de Morosini, edición Dorez y Lefevre-Pontalis, tomo II, 1899; Juan Chartier, *Chronique latine*, edición Vallet de Viriville, «Annuaire-bulletin de la Société d'Histoire de France,» tomo XIII, 1857-1858, y *Chronique française*, edición Vallet, tomo I, 1858; Crónica de Juan Raoulet, en *Chronique de Jean Chartier*, tomo III; *Chronique du Mont-Saint-Michel*, edición Luce, tomo I, 1879. *Le Jouvencel*, edición Lecestre, 1887-1889. Stevenson, *Letters and papers*, tomo II. *Rapport sur la bataille de Cravant*, «Bulletin de la Société des Sciences de l'Yonne,» 1882.

OBRAS DE CONSULTA.—Cam. Favre, «Introduction biographique au *Jouvencel*,» edición citada. S. Luce, *La France pendant la guerre de Cent Ans*. La Roncière, *Histoire de la marine française*, tomo II, 1900. Mlle. de Villaret, *Campagnes des Anglais dans l'Orléanais*, 1893. Trabajos de G. Lefevre-Pontalis, «Bibliothèque de l'École des Chartes,» 1895. Padre Rameau, «Revue de la Société historique de l'Ain,» año XIII; Devaux, «Annales de la Société historique du Gatinais,» 1887. Le Fizelier, «Revue du Maine,» 1876; Delachenal, «Bulletin de l'Académie Delphinale,» 1885.

polizaban los favores del monarca. Habiendo el Mozalbate manifestado deseos de presentarse al rey, sus protectores le dicen: «¿Queréis ir allí á hacer el bestia? Más vale nuestra profesión que ir á perder el tiempo en la corte contemplando los encajes más bellos, las galas más grandes, ó el sombrero más adornado con pieles, según la moda del día.»

Esteban de Vignolles ha quedado como el tipo popular de aquellos héroes bandidos; habíale dado el sobrenombre de La Hire y los ingleses, aficionados á burlarse de las gentes á quienes temían, le llamaban «Santa ira de Dios.» A uno de sus discípulos le decía: «Si quieres guardarte de tener nunca miedo, procura ser siempre el primero en descargar los primeros golpes;» sabía perfectamente la «conducta artificiosa y sutil de la guerra,» y nadie practicaba mejor que él aquella estrategia astuta que Du Guesclín había llevado á la perfección, estrategia contraria en absoluto al ideal caballeresco y que los príncipes censuraban sin perjuicio de tolerar que para su mayor provecho la usaran sus capitanes (3).

Desde 1422 á 1428 los ingleses concertaron sus principales esfuerzos contra el Maine y el Anjou. El Maine fué hasta 1425 defendido con fortuna por la nobleza normanda representada por el joven duque de Alenzón, el conde de Aumale, el barón de Coulonces y el intrépido Alonso de Loré: los franceses se portaban admirablemente cuando no se batían entre sí. Juan de Bueil, que hacía con ellos sus primeras armas, nos refiere su vida heroica y miserable. El Maine, talaño por las tropas, era entonces un país «muy desolado y desierto;» en los castillos «de pobres murallas y construcción antigua» las guarniciones vivían con muchas privaciones; muy á menudo iban dos en un caballo y la mayoría iban á pie, y para decirlo en pocas palabras, la mayoría, así de hombres como de caballos, estaban los unos tuertos y los otros cojos de algún miembro. Pero aquellos miserables castillos no se rendían, y sus guarniciones ofrecían en caso necesario un buen ejército. En 1423, las tropas del conde de Suffolk fueron derrotadas en las landas de la Brecinière, cerca de Gravelle.

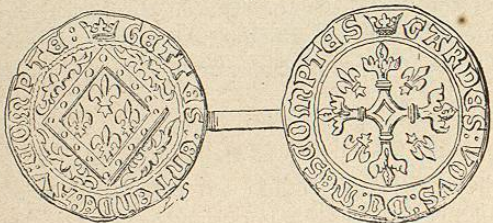
Fuera de allí, los franceses eran menos afortunados: en Picardía cayeron en poder de los ingleses las últimas plazas leales; La Hire, aislado, guerreaba en las cercanías de Reims; un ejército enviado para restablecer las comunicaciones entre el reino de Bourges y la Champaña fué destruído por los borgoñones y los ingleses en Cravant, en 31 de julio de 1423; y en el mes de diciembre uno de los más temidos capitanes borgoñones, el ex-albañil Perrinet Gressart, ocupó la Chamité-sur-Loire, á una jornada de distancia de Bourges.

Sin embargo, la escapatoria del duque de Gloucester, las negociaciones entabladas con Felipe *el Bueno* y la llegada de los refuerzos italianos hicieron en aquella misma fecha concebir por un momento algunas espe-

(3) La toma de Escalon por el capitán de Crathor (*Jouvencel*, segunda parte, capítulo VII) es el modelo del género. Tringant, en su comentario del *Jouvencel*, nos dice que se trata de un hecho histórico, la toma de Marchenoir por La Hire. Respecto de la opinión de los príncipes acerca de las astucias de guerra, véase el relato de la toma del *Sap*: el rey *Amydas* autoriza las prácticas más pérdidas, con tal de que se le tenga por ignorante de las mismas.

ranzas á Carlos VII, quien contando con las discordias de sus enemigos; creyó que podría expulsar á los ingleses de Normandía y hacerse consagrar en Reims. Para ello intentó un supremo esfuerzo, habiéndose dado cita á los combatientes, para mediados de mayo de 1424, en la línea del Loire. El rey envió quinientas lanzas italianas, otras tantas españolas, dos mil highlanders armados de hachas y otros tres mil mercenarios escoceses. De Auvernia, del Limousín, del Langüedoc, del Delfinado y hasta de Breña acudió gran número de nobles, y, por último, las guarniciones del Maine proporcionaron un contingente escogido de excelentes soldados. El total de aquellas fuerzas se elevaba á catorce mil hombres. Los ingleses, en extremo alarmados, movilizaron todos sus recursos y á lo sumo pudieron reunir diez mil combatientes.

La batalla decisiva se libró en 17 de agosto de 1424



Jetón con las armas del duque de Alenzón

en el ducado de Alenzón, junto á las murallas de Verneuil: Bedford mandaba el ejército inglés, y siguiendo la costumbre nacional, había dispuesto sus tropas detrás de una línea circular de estacas; los franceses cometieron la locura de atacarle sin siquiera haberse puesto de acuerdo entre sí, y una parte de ellos ni siquiera entró en combate, pues el barón de Coulonces, que no quería ceder el paso al duque de Alenzón, se mantuvo apartado de la lucha. Al principio, una carga de caballería introdujo el pánico entre los ingleses; pero los lombardos, con quienes se contaba para un movimiento envolvente, emplearon el tiempo en saquear los bagajes del enemigo. La marcha desordenada de la infantería francesa y el tiro rápido y preciso de los arqueros de Bedford acabaron de decidir la suerte de la jornada. Aquel desastre fué tan terrible como el de Azincourt; en él perdió Carlos VII más de siete mil hombres, el contingente escocés fué exterminado, y multitud de nobles perecieron ó cayeron en manos de los ingleses. El rey, que tan fácilmente se descorazonaba, cayó de nuevo en una apatía más triste que nunca.

No obstante, los ingleses no pudieron obtener de su victoria ventajas inmediatas, como tampoco las habían obtenido después de su triunfo de Azincourt, pues su acción quedó paralizada por la falta de dinero y por las locuras de Glocéster, quien por poco enciende una guerra civil en Londres. Detestaba este príncipe á su tío Enrique Beaufort, obispo de Winchéster y canciller, que le disputaba la dirección de los negocios en Inglaterra, y habiendo, á su regreso de los Países Bajos, encontrado ocupada la torre de Londres por las tropas del canciller, llamó á las armas á los ciudadanos, declarando que Winchéster quería usurpar la realeza. Estalló entonces un motín (30 de octubre de 1425), y el duque de Bedford vióse obligado á ir á Inglaterra para apaciguar la contienda y á permanecer allí diez y seis

meses (desde diciembre de 1425 á marzo de 1427).

Por esta razón las operaciones de guerra languidieron hasta 1428, tanto más cuanto que todavía duraba la tregua entre el rey de Francia y el duque de Borgoña. Los principales esfuerzos de los ingleses se concentraron alrededor de la provincia del Maine, al Noroeste de la cual quedaba todavía una fortaleza inexpugnable, el Mont-Saint-Michel, valientemente defendida por un grupo de doscientos hidalgos normandos y por los habitantes de la pequeña población situada á los pies de la abadía. El 24 de septiembre de 1424 los ingleses comenzaron un sitio en regla por tierra y por mar. Luis de Estouteville dirigió la defensa y organizó una pequeña flota de barcas con puentes, que durante las noches oscuras iba en busca de víveres ó hacia la guerra de correrías dirigida por un ciudadano del Mont, Ivón Prious, apodado Ola de Mar. Los bretones acudían, en caso de necesidad, á dar un golpe de mano: así en 16 de junio de 1425 los habitantes de Saint-Malo, tripulando sus embarcaciones, se apoderaron de toda la flota inglesa, compuesta de diez y nueve buques, y levantaron el bloqueo de Mont-Saint-Michel, cuya guarnición no dejó un momento de verse atacada hasta 1444, sin rendirse jamás.

Más afortunados habían sido los ingleses en sus operaciones al Nordeste del Maine, pues en su poder habían caído todas las plazas que defendían la provincia. Salisbury fué á poner sitio al Mans con nueve bombardas, y habiendo demolido á cañonazos sus murallas, rindióse la ciudad en 2 de agosto de 1425. Poco después los ingleses amenazaban el Anjou.

Bedford tenía un interés particular en reducir aquella provincia, que constituía la mejor parte del regalo que se había hecho dar por Enrique VI, y á su regreso de Inglaterra acarició durante algún tiempo el proyecto de concentrar sobre Angers las operaciones que al fin iban á comenzarse para asegurar el paso del Loira. En apoyo de su preferencia por Angers sobre Orleáns podía aducir razones plausibles: en primer lugar, la promesa hecha al duque de Orleáns, prisionero, de respetar sus dominios, y en segundo, las grandes dificultades que, al parecer, ofrecía la toma de las plazas del Gatinais. Hasta entonces habían fracasado todas las tentativas de los ingleses para apoderarse de Orleáns, y en 1427 sufrieron también una sangrienta derrota delante de Montargis, siendo puestos en desordenada fuga por Juan, bastardo de Orleáns (1), y La Hire.

El Consejo de regencia reunido en París en el verano de 1428 para trazar el plan de la futura campaña, decidió que era preciso apoderarse de Orleáns; esta plaza, situada en el ángulo del valle del Loira, era, al parecer, la indispensable base de las operaciones que se quería emprender para terminar la conquista de Francia.

Bedford, descontento de esta decisión, no acompañó al conde de Salisbury, que acababa de desembarcar en Calais con un ejército, y se estableció en Chartres, asumiendo solamente el cargo de organizador de los envíos de refuerzos y víveres. Salisbury atravesó lentamente la Beauce, sometiéndole á su paso todas las plazas que ha-

(1) Hijo de Luis, duque de Orleáns, y de Marieta de Enghien, que más tarde fué conde de Dunois.

brian podido tener en jaque á su retaguardia, y en 7 de octubre de 1428 llegó delante de Orleáns. Los franceses no parecían tener nada que oponer á aquella prudente y temible estrategia; su jefe militar, el condestable, estaba en desgracia, en guerra contra el favorito del rey, y con razón podían ellos decir, como un personaje del *Quadrilogo invecivo*: «Vamos como nave sin timón y como caballo sin freno.»

La esperanza de salvación, invisible todavía, pero que no debía tardar en aparecer, estaba en un movimiento de resistencia iniciado desde hacía mucho tiempo, que se manifestaba aquí y allí por hechos idénticos, sin mediar dirección ni connivencia, y que cada día se iba extendiendo más y más. Importa ahora explicar cómo ese movimiento de resistencia había nacido y se había manifestado desde la muerte de Enrique V y de Carlos VI.

CAPITULO III

LA RESISTENCIA NACIONAL. JUANA DE ARCO

I. Idea que de la dominación inglesa tenían formada los franceses.—II. Conspiraciones contra la dominación inglesa.—III. El sitio de Orleáns.—IV. Las victorias de Juana de Arco.—V. Sufrimientos y captura de la Doncella.—VI. Proceso y muerte de la Doncella.

I.—Idea que de la dominación inglesa tenían formada los franceses (1)

Los últimos acontecimientos del reinado de Carlos VI habían trastornado profundamente el ánimo de los franceses; cuando el mismo rey de Francia desheredaba á su hijo en provecho de un extranjero, era difícil que sus súbditos vieran claro en su propia conciencia. El partido borgoñón podía creerse el defensor del lealismo monárquico, y los armagnacs, por otra parte, nada hacían para calmar los odios que habían suscitado, así es que en tiempo de Carlos VII se les tenía aún como á una calamidad.

Sin embargo, desde el advenimiento de Enrique VI los sentimientos de una parte del partido borgoñón habían comenzado á modificarse. El Ciudadano de París, al describir los funerales de Carlos VI, deploraba que no hubiese habido «para acompañarle aquel día nadie de la sangre de Francia cuando fué llevado á Nuestra Señora de París, ni más señor que un duque de Inglaterra llamado el duque de Betefort. La plebe parisiense gritaba, cuando conducían el cadáver por las calles: «¡Ah, muy querido príncipe! ¡Jamás tendremos otro tan bueno! ¡No te veremos más! ¡Maldita sea la muerte! Ya no tendremos más que guerra, puesto que nos has dejado. Tú vas á descansar, y nosotros nos quedamos

(1) FUENTES.—*Journal d'un bourgeois de Paris*, Alain Chartier, *Oeuvres*, edición Duchesne, 1617. Roberto Blondel, *Complanctus honorum Galliarum*, en *Oeuvres*, edición Herón, tomo I, 1891.

OBRA DE CONSULTA.—Memorias de Grassoreille y de Soullie (citadas en el capítulo I, párrafo 3). Aug. Bernard, *Refus fait par les moines de Cluny de prêter serment à Henry VI*, «Revue des Sociétés savantes», 1867. S. Luce, *Le trésor anglais à Paris en 1431*, «Mémoires de la Société de l'histoire de Paris», tomo V. Guibal, *Le sentiment national en France pendant la guerre de Cent Ans*, 1875.

con gran dolor y tribulación.» Y añade el ciudadano que, al volver del entierro, cuando Bedford ordenó que delante de él, como regente, llevaran la espada del rey de Francia, «el pueblo murmuraba mucho (2).»

Aquel dolor ingenuo á la muerte de un rey loco que nada había hecho para que el pueblo estuviera satisfecho de él, aquel pesar por no ver en sus funerales á ningún príncipe de la sangre, aquella indignación contra las pretensiones de Bedford, todos aquellos sentimientos de que es indudablemente eco fiel el autor del «Diario», son síntomas de un nuevo estado de ánimo. El Ciudadano de París detesta á los armagnacs, pero no siente mayores simpatías por el duque de Bedford, «á quien se dice regente de Francia,» ni por Enrique VI, «que se llama rey de Francia y de Inglaterra.» Habla con marcado malhumor «de la consagración del rey, de sus justas y de sus ingleses,» y censura con acritud á menudo injusta los actos del nuevo gobierno. Tiene buen cuidado de decirnos que muchos parisienses son sordamente hostiles á los ingleses, y dice que cuando Bedford exigió en 1423 el juramento de fidelidad, «unos lo prestaron de buen grado y otros por fuerza.» Si niega á Bedford el título de regente, complácese, en cambio, en darlo al duque de Borgoña y en imaginarse que el verdadero señor es Felipe el Bueno: «(los de París le amaban tanto cuanto puede amarse á un príncipe.) Y se encoleriza al pensar que «nadie hace nada más que los ingleses,» y que el duque de Borgoña vive apartado «y para nada tiene en cuenta á todos los de París y del reino.»

En suma, la aplicación del tratado de Troyes había sembrado la discordia en el campo borgoñón. Los exaltados preferían la dominación de los ingleses á la de los armagnacs, pero estaban en minoría; la mayoría había contado con un gobierno capaz de restaurar la prosperidad pública y cuyo primer puesto ocuparía el duque de Borgoña, y veía defraudadas sus esperanzas.

Hemos visto, en efecto, que Bedford, más por necesidad que por carácter, se mostraba exigente y duro y era impotente para restablecer el orden en los países conquistados, con lo cual se enajenaba las simpatías de los borgoñones moderados y de los franceses, que, ajenos á los odios de los partidos y extenuados por trece años de guerra, reclamaban tan sólo un poco de seguridad y menos gravosos impuestos. Estos últimos eran sin duda alguna muy numerosos. Aquellos magistrados municipales y aquellos maestros jurados que pedían al regente la confirmación de los privilegios de su ciudad ó de su corporación, no pertenecían todos al partido de los borgoñones; y aquellos prelados que defendían contra los ingleses las libertades eclesiásticas y negaban los subsidios al duque de Bedford, no eran todos armagnacs (3). Había en el reino mucha gente, atenta

(2) *Journal d'un bourgeois de Paris*, párrafos 362 y 370. Este supuesto ciudadano de París, cuyo diario ofrece el mayor interés, era en realidad un eclesiástico.

(3) Si se interpretan desapasionadamente todos los actos de la mayor parte del alto clero del Norte del Loira, se ve que éste no hizo, por lo menos después del advenimiento de Enrique VI, ninguna oposición sistemática al gobierno inglés. En 1427, el baile de Saint-Gengoux intimó al abad de Cluny á que jurara el tratado de Troyes; el abad se negó á ello y envió al baile una extensa memoria justificativa. M. Aug. Bernard ha querido ver en ello un acto de patriotismo, pero en la memoria del abad no hay una sola